

Una Carta que Atraviesa el Velo.

A mi Maestro Briceño.

Temprano esta mañana, al despertarme, me asomé por mi ventana buscando el cielo y asegurarme de que la noche no había traído otra cosa que sueños cargados de angustia, pero al elevar mi mirada, desesperada por encontrar consuelos divinos, noté que este sol que hoy alumbra la faz de la tierra no es el mismo sol de ayer. Así me cayó la conciencia sobre mis hombros, como un bloque, y entre tanta pesadez embriagada de punzante dolor no me quedó otro camino que aceptar tu partida.

En variadas ocasiones, tú bien lo sabes, me ha tocado soltar estrellas y verle la cara al dolor; por eso ahora soy capaz de juntar palabras de despedidas que dancen amorosas sobre tu regazo. Sé que bien las atenderás, que las degustarás y que las amarás en honor a nuestro noble y sincero cariño. ¡Oh, Hombre del Lenguaje!, sé que cuando ellas lleguen hasta ti, cargadas de sutiles emociones, las besarás como el padre que se reencuentra con sus hijos después de un largo viaje; del mismo modo en que Ulises besaría a Telémaco luego de tan larga odisea. Sé que serás con ellas tan dulce como lo fuiste conmigo porque aquí va reflejada una parte de esta esencia mía que te busca, y que sabe que, ahora, la única forma de cercanía que puede haber entre tú y yo es el lenguaje. Sólo en él podré encontrarte, y sólo en él podrás sentir los progresos de mi alma.

¡Escribe! Me ordenaste siempre, ¡escribe cualquier cosa! ¡escribe lo que sea, pero escribe! Y yo obedecí y escribí, pero no fue suficiente. Permíteme ahora que viva toda esta vida que pasa sin ti, escribiendo sin descanso para intentar decirte mis más profundas vibraciones, para intentar entonar en tu honor los ascensos y descensos de mi conciencia en ley de octava, para intentar pintar dentro de este cuadro que es la vida, los valores grises de un espíritu encantando por la magia de tu voz. ¡Maestro querido! Permíteme que escriba ahora y siempre los tormentos de esta pobre mujer, de esta δουλα ουσσα, de este minotauro perdido en su laberinto. Permíteme que escriba, como tú, por amor a las palabras, y no

dejes que por terror a ellas, o por la blancura de un papel vacío que se defiende, se quede mi ser sin expresión, ¡hélas!.

Lo primero que supe cuando escuché de tu partida fue que pediste no llorar. No lo cumplí del todo, te pido mis sinceras disculpas. No sé si en adelante podré cumplirlo del todo, te pido disculpas de antemano. Sin embargo, aquí estoy, tratando de ser fuerte; porque no quisiera que se me iguale con la mujer de Sócrates y que tú, rodeado de tus discípulos sensatos con planes de elevar el pensamiento hacia la cúspide más alta de la filosofía, mires a Critón, me señales y digas: “απαγετω τις αυτην οικαδε”, atormentando con desgarradores llantos el momento sagrado de que tomes tu cicuta, sentencia que te dieron los dioses que quieren tenerte en el Olimpo a su lado. Y aunque bien no quiero ser la Jantipa de tu historia y retengo el llanto, no puedo prometerte no llorar tu ausencia en rincones escondidos porque, cómo no llorar todos estos años de sentir tu compañía; de despertar cada mañana caminando a tu lado, esperando la salida del sol; un sol que cambió su forma esta mañana para siempre. Cómo no llorar por todos estos años de sentarme a tu derecha, de leer contigo, de escuchar regaños con dobles intenciones. Cómo no llorar por las veces en que quise alejarme de ti, caminar y perderme para siempre; y más aún, por esas veces en que no pude alejarme y me quedé sentada, escuchando verdades que sólo tú eras capaz de decirme.

Cómo no llorar recordando cuaresmas y noches que se hacían largas celebrando a los astros con tertulias en las que más de una vez me sentí como una hormiga en medio de un inmenso mar de existencias. Cómo no llorar las horas que fueron y que ya no serán. Cómo no llorar nuestro tiempo a solas recordando los discursos de Diotima. Cómo no llorar un patio de tu casa bailando trompos, y todas las veces en que me regalaste la infancia una vez más. Cómo no llorar un cordero, un arco de Rilke que toca dos notas creando armonía. Cómo no llorar las clases de amor, los estadios más altos del alma. Cómo no llorar tus manos protectoras que cuidaron de mí incluso en la distancia. Cómo no llorar lo que no me alcanza para decir, pero que tú y yo sabemos que viví y aprendí a tu lado.

Así, ¡oh, Niño del Lenguaje!, déjame llorar mi amor por ti y te prometo que luego, yo misma le pediré a Critón que me lleve a casa para dejarte marchar en paz; y mientras te vas, prometo hacerme cargo consciente de las herramientas que me otorga tu legado. Prometo seguir buscando, prometo girar el compás y medir con la escuadra los terrenos de mi templo. Prometo sostener mis tres cabezas dentro de este laberinto de identidad latinoamericana. Prometo seguir descifrando magnolias desde tu Atalaya; prometo luchar por dejar de ser una simple *doula oussa* y embellecer mi crisálida para que se transforme en la Helena Oukoussa de tu corazón. Prometo ser tamunangue desde mi morada mantuana. Prometo escribir, prometo pensar y plasmar lo que me diste para continuar tu trabajo sobre esta tierra.

Y entre tantas promesas, gracias. Gracias por haber hecho de mí lo que soy, por haberme regalado la verdadera luz de la vida. Y aunque me cuesta imaginar cómo seguir un camino sin ti, me armo de valor y embarco este *bateau ivre* que continua un viaje que comenzó contigo, escuchando el canto de los marineros.

Prometo, entonces, dejar que mi pensamiento se sumerja en la difícil tarea de comprender las inquietudes metafísicas que agobian a la humanidad, y prometo dejar de llorarte por la falta que me harás, para comenzar a trabajar, de la manera más humilde que pueda, en expandir tu obra sobre aquellas generaciones que no tuvieron la dicha de tener tu materia, pero que sí tendrán la dicha de tener tu corazón, tu alma y tu espíritu. Así que queda tranquilo, que tu paso por esta tierra quedó grabado en la *μνησις* del mundo y en nombre de toda la humanidad, sobre todo en nombre de la humanidad latinoamericana, te doy las gracias por trabajar sin descanso en el despertar de nuestras conciencias.

Queda tranquilo, queda con Dios, queda con los grandes hombres de entre los hombres, con quienes debes estar ya, tú junto a ellos, considerando los asuntos más especiales de la filosofía.

Queda feliz, que yo quedo feliz contigo.

Amándote para siempre,

Tu Caecilia.

Carora, 04 de Noviembre de 2014. 11:46am.